**REPUGNANCIA Y JUICIO MORAL**

La repugnancia es una intensa emoción de rechazo que se manifiesta de forma súbita e incontenible ante la presencia del objeto ofensivo. A diferencia de todas las demás emociones, va asociada a dispositivos biológicos extremadamente sensibles a la detección del estímulo que la desencadena. De su vínculo directo con nuestra naturaleza biológica da cuenta la gesticulación facial típica que la acompaña. Un gesto perfectamente reconocible y exclusivo de nuestra especie: arrugamiento de la nariz, apertura de la boca y retractación del labio superior.

Para empezar, imaginemos las siguientes situaciones:

1. Ingerir vómitos de otra persona
2. Coger los excrementos de un perro con las manos .

Hay diferentes clases de repugnacia pero su tipo fundamental está centrado en la ingestión oral y en la contaminación. Los objetos ofensivos (los que producen repugnancia) son contaminantes en el sentido de que si entran en contacto, aunque sea brevemente, con un alimento aceptable, tienden a convertirlo en inaceptable. Los humanos normales experimentan repugnancia ante los productos corporales como las heces, los vómitos y la orina. Cuando juzgamos algo como repugnante experimentamos una emoción de rechazo tan intensa que bloquea cualquier tendencia que pudiéramos tener a actuar de otra manera. Este bloqueo es extremadamente adaptativo y beneficioso. En ausencia de respuesta de asco, podríamos muy bien convencernos de que está bien comer vómitos o excrementos, cuando son actos con consecuencias deletéreas para nuestra supervivencia.

Continuemos con nuestra situaciones hipotéticas:

1. Comerse el cadáver del propio perro o gato
2. Tener relaciones sexuales con un hermano
3. Llevar un jersey de Hitler

Muchas de las cosas que producen repugnancia no solo revuelven literalmente el estómago, sino que también repugnan moralmente. Aunque la forma fundamental de repugnancia tiene sus orígenes en el rechazo de alimentos, su significado contextual se ha traladado a otras situaciones o conductas. Entramos así en una concepción de la emoción que es simbólica, que se adhiere a los objetos, las personas o las conductas inmorales. ¿Cómo se sentiría uno llevando un jersey de Hitler? La mayoría de los estudiantes de Pennsylvania conceptuaron esto como algo extremadamente repugnante. Las personas que responden de esta manera piensan que Hitler era un personaje moralmente repugnante y que llevar su jersey podría transmitirles alguna de sus cualidades más horribles. También la emoción puede despertarse cuando se quebrantan determinadas normas sociales sobre el consumo de alimentos y las relaciones sexuales, como ocurre en los casos 3 y 4. A diferencia de los casos 1 y 2, la repugnancia que sentimos en estos últimos no tiene por qué estar ligada directamente a las consecuencias perjudiciales que para nuestra supervivencia y éxito reproductor pueda suponer comer carne de perro o aparearse con parientes cercanos. Imaginemos que la persona cree que consumir su propia mascota es el mejor homenaje que puede rendir a su memoria y que la carne de perro o gato, debidamente cocinada, no presenta especiales peligros para nuestra salud. O, respecto al caso cuatro, imaginemos la siguiente situación:

 “Un hermano y su hermana están pasando juntos las vacaciones y deciden que para enriquecer su maravillosa relación deberían hacer el amor. A él le han practicado la vasectomía y ella está tomando la píldora, no hay pues riego alguno de embarazo. Hacen el amor apasionadamente, lo que constituye una maravillosa experiencia para ambos. Guardan en secreto este hecho, que recordarán siempre con placer”.

Pese a poder imaginar estas situaciones y comprenderlas, aceptando incluso que esas acciones no causan daño alguno, seguimos experimentando un rechazo impulsivo hacia ellas.

Precisamente, uno de los rasgos que hacen que la repugnancia sea una emoción tan fuerte y eficaz es su inmunidad frente a la reflexión consciente. Veamos eso intentando responder a las siguientes preguntas:

1. ¿Te beberías un zumo de manzana en un orinal de hospital recién estrenado?
2. ¿Te comerías una golosina de chocolate con aspecto de heces de perro?
3. Si abrieras una caja de bombones y descubrieras que alguien le ha dado un modisquito a cada uno de ellos, ¿te comerías algún bombón?
4. Si tu madre te sirviera una bandeja de tu plato favorito decorada con una orla de cucarachas muertas esterilizadas, ¿te comerías ese plato?

La mayoría de la gente responde “no” a estas preguntas. Y si responden “sí”, lo hacen después de una pausa considerable. Las respuestas son un tanto extrañas si uno las piensa bien. No hay nada antihigiénico en beberse un zumo de manzana en un orinal de hospital totalmente nuevo y esterilizado. Y la forma de la golosina de chocolate no influye para nada en su sabor. Pero nuestros sistemas sensoriales no lo saben: los orinales son para orinar y las cosas que parecen heces suelen serlo. Nuestras mentes han sido ajustadas con precisión para detectar en el entorno rasgos que están conectados causal y sistemáticamente con peligros o enfermedades. Una vez detectados, se envían señales a ciertos sistemas cerebrales que generan el sentimiento de repugnancia; y, una vez generado éste, se da la orden al sistema de actuación, desencadenando una respuesta evasiva. Todo ocurre tan rápido en nuestro cerebro que nuestras mentes conscientes, frías y racionales, son incapaces de controlarlo. Cuando nuestros sistemas sensoriales detectan algo repugnante, evitamos incluso pensar conscientemente que es irracional y absurdo. Cuando a la gente se le pide justificaciones de su rechazo a casos parecidos a los de 3), 4) y 5), suele contestar: “No sé, no soy capaz de explicarlo. Solo sé que está mal”.

Parece, pues, que las personas pasan fácilmente del asco visceral al asco moralista, del impulso de rechazo a la censura moral, de la emoción al juicio y a la actitud moral.

Curiosamente, los estudiosos creen que una de las causas importantes del proceso de la civilización y de la reducción de la crueldad y la brutalidad a lo largo de la historia, hay que buscarla en el efecto que tiene la limpieza en la sensibilidad moral. Los seres humanos sienten repugnancia hacia la porquería y las secreciones corporales, e igual que hoy la gente quizás evita a un sin techo que apesta a heces y orina, quienes vivían en otros siglos acaso fueran más crueles con sus vecinos porque estos eran más asquerosos. Cosas tales como el refinamiento en la higiene y los modales, comer con cubiertos, tener relaciones sexuales en privado o intentar ocultar los efluvios y quitarlos del cuerpo, contribuyeron sin duda a aumentar el respeto hacia las personas simplemente porque las personas se volvieron menos repulsivas.

Pero la reacción emocional no es siempre necesariamente anterior al juicio y razonamiento moral. Consideremos el caso del vegetariano que no come carne por motivos morales, incluidas las lamentables condiciones en que viven los animales de granja. No es extraño que este vegetariano llegue a encontrar la carne verdaderamente repugnante, desarrollando una emoción coherente con su principio moral. Emoción que seguramente no se desarrollará en el vegetariano que lo es, sólo, por motivos de salud, quien seguramente no mirará con tan malos ojos como el primero a quienes disfrutan de sus chuletones o sus pechugas de pollo.

Cabe preguntarse: ¿qué es lo que viene primero en este problema? ¿Repugna la pieza de carne roja muerta que yace en el plato y, en consecuencia se adopta una posición moral de rechazo a la alimentación carnívora, o se elabora primero la creencia moral contra la ingestión de carne y luego se desarrolla el sentimiento de repugnancia? La repugnancia, ¿es la causa o la consecuencia? Diversos estudios y muchísimas experiencias demuestran que la repugnancia –al menos en este caso concreto- viene después, como consecuencia de formar un juicio moral, de adoptar una actitud moral. No por ello, no por ser original sino derivada, deja de ser una auténtica emoción de rechazo impulsivo hacia el consumo de carne.

Este es también probablemente el mecanismo que la hace tan peligrosa, pues la repugnancia se lleva el premio a la emoción más irresponsable: porque sirve para descargar de toda responsabilidad. Se trata de una emoción que está en la médula de los tratos crueles e inhumanos. El truco de la repugnancia es simple: declara repugnante (cucaracha, mierda, parásito, canalla, bárbaro, sucio, asqueroso…) todo lo que condena, y así justifica su exclusión, expulsión y aniquilación. Resulta mucho más fácil torturar a alguien si se lo ve como un ser repugnante, merecedor de ser torturado. Todos los casos horribles de malos tratos a seres humanos responden a este tipo de mecanismo, desde Auschwitz hasta Abu Ghraib.

**ACTIVIDADES**

1.- ¿Cuál es la razón natural de la repugnancia y en qué tipos de casos se manifiesta?

2.-¿A qué se refiere el texto al llamarla “simbólica”?

3.-¿Cuál es la causa de que pueda convertirse en una emoción falsa e injustificada? ¿Por qué eso puede ser una amenaza para la conducta moral?

4.-Justifica el siguiente juicio:

 *“el crecimiento de la higiene, el decoro y los buenos modales ha sido una causa importante del progreso moral en la historia de la humanidad”*.

5.-Distingue y ejemplifica entre:

a) el rechazo emocional genera el rechazo moral

b) el rechazo moral genera el rechazo emocional.

 6.-El texto habla de la repugnancia como una emoción “irresponsable”, que está en el origen de las formas más extremas de la conducta inmoral, las más crueles y brutales. ¿En qué consiste ese mecanismo capaz de generar esta conducta?

7.- Pensemos en un caso reciente de nuestra historia. Hasta comienzos de la década de 1970, la homosexualidad era descrita como un comportamiento anormal en la biblia clínica (DSM-III). Acompañaba a esta clasificación la creencia, propia de muchas culturas, de que los homosexuales eran repugnantes. Confome fueron reconociéndose y respetándose los derechos de los homosexuales fue reduciéndose hasta casi la extinción, el sentimiento de repugnancia de épocas anteriores.

Pero también la repugnancia puede servir para impulsar el progreso moral. ¿En qué sentido? Dedúcelo tú mismo del sentimiento que produce hoy día en la mayoría de la gente hechos aceptados con toda normalidad en otras épocas, como la esclavitud y violación sexual, la quema de brujas, la trata de esclavos, el castigo en la cruz, el potro o la estrapada, las festivas ejecuciones públicas, los crueles castigos físicos a los niños, los duelos a pistola para defender el honor, los crímenes por adulterio, la mutilación genital o las corridas de toros.